Daniela Dröscher

Mujer joven con gato

AdN

Daniela Dröscher

Mujer joven con gato

Traducido del alemán por Noemí Jiménez Furquet

AdN

Título original: *Junge Frau mit Katze*

La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe-Institut.

Primera edición: octubre de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2025, Verlag Kiepenheuer &
Witsch GmbH & Co. KG, Cologne/Germany
© de la traducción: Noemí Jiménez Furquet, 2026
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-67-5
Depósito legal: M-16118-2026
Printed in Spain

Para todas las hijas, para todos los hijos,
para todas las madres
(Para Au., para J., para M.)

¿Y si el cuerpo no fuese alma,
qué es el alma?
Walt Whitman,
«Yo canto al cuerpo eléctrico»

Nadie hasta ahora ha determinado
lo que puede un cuerpo.
Baruch Spinoza

De niña, a menudo veía a mi madre desnuda. Medio desnuda, más bien. A ella no le daba ninguna vergüenza quitarse o ponerse la parte de arriba. Recuerdo sus brazos, la barriga pálida que el sol no había tocado, los pechos cubiertos solo a medias por el sujetador. La mitad inferior, en cambio, siempre permaneció tapada por largas faldas. Nunca llevaba pantalones. Ni siquiera conozco la silueta de sus piernas.

Para el filósofo Roland Barthes, un escritor es alguien «que juega con el cuerpo de su madre». Durante muchos años yo intenté justo lo contrario. Ocultaba el cuerpo de mi madre; me avergonzaba de él.

Durante mucho tiempo consideré mi cuerpo algo completamente independiente del de mi madre. Como en la serie de dibujos animados *Tom y Jerry:* la niña que pulula entre las piernas apresuradas de los adultos; adultos a los que no se les ve el tronco ni la cara. Más o menos así, pensaba siempre, sucedía con nosotras. Mi madre está ahí, yo estoy aquí; ella es la supergorda, yo soy la delgada. O en palabras de mi padre: yo soy la guapa, ella es la fea.

Nos parecemos más de lo que uno esperaría, lo cual no es de extrañar, dado que mi cuerpo ha vivido mucho tiempo a la sombra del suyo. A su adorada sombra, desde la que de niña alzaba la vista hacia ella (siempre con el *wie lieb von diiir* de la

serie, «qué detalle por tu parte» —alargando mucho la i—, resonándome en el oído).

Mientras me hacía mayor, puede que intentara escapar de mi madre y de su cuerpo. Pero cuando escribo siempre vuelvo a él, una y otra vez, aun cuando, como en este libro, lo aparte un poco del centro. Sus huellas, sus heridas… me persiguen.

Aquí, sobre el papel, puedo aventurarme a lo imposible e intentar contar la historia de mi cuerpo y del suyo de una forma algo distinta. Puedo escribir más rápido que nuestras sombras y hacer retroceder el reloj. Regresar a un tiempo en el que mi madre no estaba tan enferma como hoy y en el que yo todavía no era escritora, sino una mujer joven con gato. Puedo alzar las verdades del suelo y descubrir maravillas. Mediante la escritura puedo intentar salvarnos. Igual que la escritura siempre me ha salvado a mí.

1
Un fantasma en la garganta

Todo empezó con la sensación de que en realidad había empezado antes.

Estábamos a principios de febrero y era el tercer día seguido que me dolía la garganta. Me había tomado unos días en la facultad para cuidarme la voz como pudiera y tomaba sin parar cucharadas de miel de tomillo. Aun así, tenía la faringe en llamas.

Como nada surtía efecto, decidí ir al otorrinolaringólogo.

«Tienes que ir al médico», habría dicho mi madre. Esa era su norma. Al tercer día uno iba al médico.

Desde la cocina me llegaba el maullido ronroneante de mi gato. Sir Wilson estaba tumbado en el suelo cuan largo era, por lo que una casi se tropezaba con él para llegar a los fogones. Me agaché, le acaricié el espeso pelaje negro y le llené el cuenco, sobre el que se abalanzó de inmediato.

Mientras bajaba peldaño a peldaño desde el quinto, iba pensando lo que diría exactamente durante la entrevista inicial. Sabía lo importante que era dar una imagen medianamente presentable en la consulta. No habría sabido decir cuándo me di cuenta del dolor de garganta.

Había pasado por una época de estrés, había terminado la tesis doctoral a trancas y barrancas, aunque al menos sin crisis importantes; aun así, como solía suceder cuando me con-

centraba mucho en el trabajo, era como si me hubiera olvidado de mi cuerpo. Al acabar lo había celebrado con algún exceso que otro. Era probable, suponía, que tan solo me hubiera pasado con tanta fiesta.

Avancé por la nieve entre las familiares fachadas de mi calle. Había caído durante la noche; todo permanecía en completo silencio. Los hijos de los vecinos estaban de vacaciones de invierno o durmiendo, y la ciudad parecía tan agradablemente desierta como solo lo estaba en pleno verano. Al cabo de unos pocos metros noté que se me helaban los pies. Había sido tan tonta de ponerme deportivas en lugar de botas. Las patas de las aves, recordé, eran frías por naturaleza, por lo que podían caminar sin esfuerzo sobre los lagos congelados.

«Hay que tener la cabeza y los pies calientes», oí en la voz de mi madre. Siempre decía que la salud era «lo primero».

Yo nunca llevaba gorro, por principio, aunque les habría venido bien a las cicatrices externas e internas de mi cabeza —¿o debería decir «en mi cabeza»?—: eran muy sensibles al calor y al frío.

Al poco de cumplir los veinte me detectaron un tumor benigno en el lóbulo frontal. Me lo extirparon, pero nunca averiguaron la causa. La parte derecha de mi bóveda craneal estaba llena de colinas y cráteres. Los huesos, la piel y el tejido se curaron rápido. La cicatriz era más o menos del tamaño de una herradura y la forma también recordaba a una. El destino me arreó una coz cuando apenas era una veinteañera.

En la consulta ya había cuatro personas sentadas. Me pareció que era como el extraño payaso de *ser quinto,* un libro infantil de Ernst Jandl que a veces le leía a Henny, la hija de mi amiga Leo. En él, un grupo de criaturas maltrechas permanecen sentadas en una sala de espera: un pingüino triste, un pato cojo, un oso con el brazo roto, una rana con una tirita en la cabeza y, por último, un payaso con la nariz pen-

diendo de un hilo. El texto decía: «puerta abierta / uno fuera / uno dentro / ser cuarto / puerta abierta / uno fuera / uno dentro / ser tercero», y así hasta llegar a la última página: «puerta abierta / uno fuera / tú dentro / ¡hola doctor!».

Entonces me senté en el sillón de examen y una amable médica entrada en años empezó a examinarme la garganta.

—¿Tiene fiebre?

Dije que no. Nunca me subía la temperatura, pero eso ella no podía saberlo. Siempre me maravillaba que los médicos pudieran preguntar y explorarte al mismo tiempo.

Noté con desagrado cómo me introducía un largo bastoncillo hasta el fondo de la garganta.

—Tiene laringitis. Una inflamación de la garganta. Y no de las leves.

—Anda. ¿Y eso?

—Probablemente por una infección. No me extraña; no tiene usted ninguna protección.

La mujer tiró la asquerosa varilla en una bandeja con desinfectante.

—Le extirparon las amígdalas tan a lo bruto que los gérmenes pueden entrar sin más. Eso ya no lo hace nadie…, al menos no así.

Yo no sabía que hubiera diferencias de tanto peso en el procedimiento. Mi madre, después de tratarme durante años con «cataplasmas de patata», había seguido el consejo de nuestro médico de cabecera. En mi generación era habitual, si es que no estaba de moda, quitarles las amígdalas a los niños. Me acuerdo de un artículo en el que alguien preguntaba con sarcasmo: «¿Adónde irán todas esas anginas?».

—Una infección, vale. Pero ¿sin mocos? ¿Ni tos?

—Es raro, sí. —La médica me miró con más atención—. ¿No tendrá ardor de estómago?

Lo negué. Lo único nuevo era una sed descomunal.

—También puede venir de abajo. Por los ácidos que suben del estómago. No hace tanto que se sabe. —Se encogió de hombros—. No es mi campo.

Me dio un aerosol con efecto antibiótico.

—Evite hablar demasiado. Y, sobre todo…, relájese.

Todavía estaba guardando el aerosol en el bolso cuando decidí que no lo usaría más que en caso de emergencia. No me gustaban los medicamentos.

En el camino de vuelta vi que los servicios locales todavía no habían limpiado. Mi mirada se deslizó por el páramo cubierto de blanco. Sentí el impulso de tumbarme en el suelo y formar un ángel de nieve, como a menudo hacíamos mi hermano y yo de niños. Miré a mi alrededor. Todo seguía dormido. Mi ángel no molestaría a nadie. Me acuclillé a toda prisa y extendí aún más rápido las extremidades sobre la superficie blanca y levanté la vista al cielo grisáceo.

Como tantas otras veces, eché de menos a mi hermano, y eso que con los años la añoranza se había vuelto cada vez más inútil y, con ello, casi irreal. Vivía en Londres, nos veíamos poco. Era curioso que en invierno pensara en él con mayor frecuencia, tal vez porque antes siempre íbamos a coger campanillas juntos. Me vino a la mente una frase de mi madre: «A veces creo que, si vino al mundo un chico, fue solo porque papá quería un hijo a toda costa».

Me incorporé como pude. Por mucho que me ardiera la garganta, debía volver al escritorio. Tenía por delante el examen oral, la llamada «defensa» de mi tesis doctoral.

«¿De quién tienes que defenderte?», quiso saber Henny, con la certera sabiduría de una niña de cinco años.

Me estaba temiendo el día. La exposición pública podía tener lugar dentro de tres semanas, pero también era posible

que se retrasara medio año: dependía de la fecha que acordaran los dos examinadores. Que todavía no estuviera fijada no mejoraba las cosas.

Me palpé el cuello. En un caso así, normalmente, habría llamado a mi madre de inmediato. Por nosotros dos se había convertido en una especie de «medio médica». Aunque a veces protestaba por tener que ofrecer «diagnósticos a distancia», como ella los llamaba, acababa dándonos la información. Pero justo por eso mi madre también formaba parte del complicado síndrome de ansiedad que yo había desarrollado con los años.

«Si está enferma, vaya al médico —me regañó mi terapeuta—. No llame a su madre».

Miré el reloj. En Japón era de madrugada, demasiado pronto para llamar a mi hermano. Como cada año, cuando llegaba el Año Nuevo chino acudía puntual a visitar a la familia de su novio; las fotos que enviaba de Kioto eran para llorar de bonitas.

Al llegar a casa me sacudí la nieve de los guantes a palmadas, me quité la ropa y me puse a toda prisa mi amado albornoz rosa claro, un modelo de la marca Juicy Couture que encontré en una tienda de segunda mano y que era exactamente como se veía: elegante y mullido.

Me palpé la laringe. Por algún motivo me imaginaba el mecanismo que permitía el paso del aire por las cuerdas vocales como la llave de un clarinete.

Sin hacer caso de la recomendación de la médica, me senté al escritorio. El tema de mi defensa era un impostor del siglo XVIII, un «falso japonés» que en su época se hizo famoso y que desde entonces había caído en el más absoluto de los olvidos.

«Tú y tu manía con Japón», decía siempre Leo.

A diferencia de mi hermano, mi amor por el país era completamente imaginario; solo lo conocía por los libros y relatos.

Me incliné y acaricié las hojas verde claro de los dos bonsáis que mi hermano había colgado por encima del escritorio. Era jardinero y conocía las especies más delirantes con los nombres más delirantes: «ciruela dulce», «árbol de jade». Los dos míos pertenecían a la especie «rosa de nieve».

Mi fascinación había comenzado con un libro de Haruki Murakami que mi exnovio me regaló con la nota: «Léelo. Te va a encantar», y es cierto que me enamoré de la *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo:* del narrador que chupaba caramelos de limón, de las enigmáticas hermanas Creta y Malta Kanoo. Poco después descubrí en un seminario los libros de Yoko Tawada y al instante me robaron el corazón.

Bajé la vista y vi a Sir Wilson dando vueltas alrededor de las patas de la silla. Por lo visto, volvía a tener hambre. «De abajo», oí repetir a la médica como un eco.

Me molestaba que mi cuerpo se declarara en huelga justo en ese momento. Había escrito la tesis sin ayuda económica, pero a principios de año recibí noticias de una fundación. Durante medio año percibiría dinero, una alta suma de tres cifras al mes. De inmediato llamé a la oficina correspondiente para saber si se trataba de un error. No lo era, así que decidí reducir los turnos en la facultad. Con la beca, bastaría para vivir y pagar el alquiler. Mi ático estaba formado por una única habitación, un cuarto de estar con cocina americana y un baño. El contrato de alquiler era antiguo y el casero buena gente; podía considerarme afortunada.